La parábola del juez y la viuda

18

1 Después Jesús les enseñó con una parábola que era necesario orar siempre sin
desanimarse: 2 «En una ciudad había un juez que no temía a Dios ni le importaban los
hombres; 3 y en la misma ciudad vivía una viuda que recurría a él, diciendole: Te ruego
que me hagas justicia contra mi adversario. 4 Durante mucho tiempo el juez se negó,
pero después dijo: Yo no temo a Dios ni me importan los hombres, 5 pero como esta viuda
me molesta, le haré justicia para que no venga continuamente a fastidiarme».
6 Y el Señor dijo: «Oigan lo que dijo este juez injusto. 7 Y Dios, ¿no hará justicia
a sus elegidos, que claman a él día y noche, aunque los haga esperar? 8 Les
aseguro que en un abrir y cerrar de ojos les hará justicia. Pero cuando venga el
Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?».

La parábola del fariseo y el publicano

9 Y refiriéndose a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás,
dijo también esta parábola: 10 «Dos hombres subieron al Templo para orar: uno
era fariseo y el otro, publicano. 11 El fariseo, de pie, oraba en voz baja: Dios
mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones,
injustos y adúlteros; ni tampoco como ese publicano. 12 Ayuno dos veces por
semana y pago la décima parte de todas mis entradas. 13 En cambio el
publicano, manteniéndose a distancia, no se animaba siquiera a levantar los
ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios mío, ten piedad de
mí, que soy un pecador! 14 Les aseguro que este último volvió a su casa
justificado, pero no el primero. Porque todo el que se ensalza será humillado y
el que se humilla será ensalzado».

Jesús y los niños

14Mt. 19. 13-15 Mc. 10. 13-16
15 También le presentaban a los niños pequeños, para que los tocara; pero, al
ver esto, los discípulos los repren dían. 16 Entonces Jesús los hizo llamar y dijo:
«Dejen que los niños se acerquen a mí y no se lo impidan, porque el Reino de
Dios pertenece a los que son como ellos. 17 Les aseguro que el que no recibe el
Reino de Dios como un niño, no entrará en él».

El hombre rico

17Mt. 19. 16-22 Mc. 10. 17-22
18 Un hombre importante le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué debo hacer para
heredar la Vida eterna?». 19 Jesús le dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios
es bueno. 20 Tú conoces los mandamientos: No cometerás adulterio, no
matarás, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu
madre». 21 El hombre le respondió: «Todo esto lo he cumplido desde mi
juventud». 22 Al oírlo, Jesús le dijo: «Una cosa te falta todavía: vende todo lo
que tienes y distribúyelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo.
Después ven y sígueme». 23 Al oír estas palabras, el hombre se entristeció,
porque era muy rico.

El peligro de las riquezas

23Mt. 19. 23-26 Mc. 10. 23-27

24 Viéndolo así, Jesús dijo: «¡Qué difícil será para los ricos entrar en el Reino de
Dios! 25 Sí, es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un
rico entre en el Reino de Dios». 26 Los que escuchaban dijeron: «Pero entonces,
¿quién podrá salvarse?». 27 Jesús respondió: «Lo que es imposible para los
hombres, es posible para Dios».

La recompensa prometida a los discípulos

27Mt. 19. 27-29 Mc. 10. 28-30
28 Pedro le dijo: «Nosotros hemos dejado todo lo que teníamos y te hemos
seguido». 29 Jesús respondió: «Les aseguro que el que haya dejado casa, mujer,
hermanos, padres o hijos, por el Reino de Dios, 30 recibirá mucho más en este
mundo; y en el mundo futuro, recibirá la Vida eterna».

El tercer anuncio de la Pasión

30Mt. 20. 17-19 Mc. 10. 32-34
31 Después, Jesús llevó aparte a los Doce y les dijo: «Ahora subimos a
Jerusalén, donde se cumplirá todo lo que anunciaron los profetas sobre el Hijo
del hombre. 32 Será entregado a los paganos, se burlarán de él, lo insultarán, lo
escupirán 33 y, después de azotarlo, lo matarán. Pero al tercer día
resucitará». 34 Ellos no comprendieron nada de todo esto; les resultaba oscuro
y no captaban el sentido de estas palabras.

Curación de un ciego de Jericó

34Mt. 20. 29-34 Mc. 10. 46-52
35 Cuando se acercaba a Jericó, un ciego estaba sentado al borde del camino,
pidiendo limosna. 36 Al oír que pasaba mucha gente, preguntó qué
sucedía. 37 Le respondieron que pasaba Jesús de Nazaret. 38 El ciego se puso a
gritar: «¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!». 39 Los que iban delante lo
reprendían para que se callara, pero él gritaba más fuerte: «¡Hijo de David, ten
compasión de mí!». 40 Jesús se detuvo y mandó que se lo trajeran. Cuando lo
tuvo a su lado, le preguntó: 41 «¿Qué quieres que haga por ti?». «Señor, que yo
vea otra vez». 42 Y Jesús le dijo: «Recupera la vista, tu fe te ha salvado». 43 En
el mismo momento, el ciego recuperó la vista y siguió a Jesús, glorificando a
Dios. Al ver esto, todo el pueblo alababa a Dios.